

LOS PÁJAROS DE LA MEMORIA

Rosiña tiene los ojos glaucos de tanto ver pasar la vida. Con el tiempo se va borrando la memoria, pero todavía recuerda bien cuando el enano ferrolano empezó a jugar a las guerras y padre se tuvo que echar al monte porque venían a buscarlo.

Siempre ha vivido aquí. Primero con madre y los hermanos, y luego, con el deslizar del tiempo, con su Mariano y su Marichelo. Mucho después, cuando nadie los esperaba, llegaron Suso y Estrela, os nenos.

Mariano siempre fue muy buenmozo, alto, bien plantado, con aquellos ojos verdes y aquel porte que le ponían a una el alma de fiesta. Pero hace años, talando una carballeira cerca de O'Pino, un tronco mal caído le escaralló las patas, y ya no volvió a ser el mismo. Ahora, en las noches de Santa Compañía, le agarra el reuma en las rodillas y no está para nada. Y aquellos ojos verdes, medio siglo después, han perdido también parte del color. Debe ser que no sólo a ella le está pasando la vida por encima.

La mañana es fresca. Sentada a la puerta de la casa, con las tareas ya hechas, Rosiña teje una chaqueta para su nieto. Suso cada día está más grande, a ver si acertamos con el tamaño de la manga. Por lo menos a Estrela, que ya paró de crecer, sabe atinarle cuando le cose las blusas. Cada seis puntos, invariablemente, se le resbalan las gafas de la nariz. Desde que Renata se las aplastó mientras la ordeñaba lleva la patilla izquierda sujeta con una cinta de celo amarillenta, y ya ha llovido de aquello. Es mal apaño, pero no hay cobre para más. Aquel día Renata dejó de ser su vaca favorita.

Mariano despertó arrugado hoy, y se quedó en la cama con una tila, a ver si le pasa el dolor. Las vacas flacas pacen en el monte de enfrente y el puchero está sobre la lumbre. Rosiña sigue tejiendo y echa el pensamiento a volar. Cuando se tienen los ojos gastados los pensamientos vuelan siempre hacia atrás. No hay muchos adelantes que esperen en ningún sitio.

Click clack click clack click clack click clack se oye a lo lejos llegar por la vereda que pasa frente a la casa.

Interrumpida en sus pensamientos, Rosiña levanta la vista por encima de las gafas, sin soltar la labor. Ve acercarse a un peregrino por el camino. Lleva dos bastones de esos de esquiar que salen por la tele en las competiciones de saltos de esquí del uno de enero.

¿Para qué los querrán? Que yo sepa hace al menos 3 años que no nieva por aquí, piensa. El caminante mira reconcentradamente al suelo, clickclackclickclack, buscando dónde apoyar los bastones. Va vestido de colores y bandas reflectantes, y lleva una mochila de esas modernas que tienen los jóvenes ahora, que parece que se van al Everés, o como carallo le llamen al monte ése. Pasa de largo junto a Rosiña, a ritmo marcial, sin reparar en su presencia.

—¡Bos días, peregrino! — le saluda la mujer, en busca de un poco de conversación.

El muchacho levanta la vista apenas un segundo, esboza un saludo mudo y sigue su camino sin detenerse. Qué pena, piensa ella... Bueeeeno, recapacita después, él se lo perdió...

Ve su espalda desaparecer a lo lejos, mientras los pájaros de la memoria la llevan hasta su juventud.

Recuerda que siendo niña siempre vio pasar caminantes por la puerta de la casa. Madre le contaba que por aquí pasaba desde todas las Vidas el Camino de Santiago.

Cuando ella era joven apenas pasaban diez o doce al año. Había años que ni eso. Eran gente extraña, que venía de lugares lejanos para rezar a Santiago. Paraban a hablar con ellos y, al cabo de un rato, dejaban de ser extraños. Ella y madre siempre terminaban pidiéndoles, a cambio de una taza de caldo, que al llegar le pidieran al Santo por todos ellos, a ver si el rumbo se enderezaba un poco y podían comer, al menos una vez a la semana, algo que no fueran patacas.

Rosiña sabe que los Peregrinos le cumplían el mandado, porque de vez en cuando había en la mesa un poco de carne a compartir, y hubo días de fiesta en que comieron gallo de corral, y los terneros no se morían al nacer, y a veces los hermanos más pequeños podían ir calzados, o aunque fuera malcalzados, a llevar las vacas flacas al monte. Y aquello siempre era cuando había pasado un Peregrino.

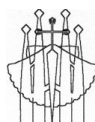
Casi todos solían aparecer medio descalzos, con las ropas precarias carcomidas por soles y lluvias. En un paño de lino o una alforja sencilla envolvían todo lo necesario para vivir, y algunas veces hasta soltaban lastre en la casa de junto al Camino.

Un día llegó Ralph.

Era otoño cuando llegó. Apareció como otros antes, aflojando el belfo al terminar la cuesta arriba, y se sentó en el mismo banco de piedra que ahora calienta Rosiña.

Deja la labor a un lado y acaricia la piedra fría como si estuviera viendo sentado a su lado al extranjero. Sonríe.

Ralph era un chico raro. O al menos eso les pareció la primera vez. Era alto, muy alto, rubio, muy rubio, y pálido, como si el lugar del que venía no conociera el sol. Hablaba un idioma extraño, pero consiguió que las mujeres entendieran que



tenía frío y hambre, y que pedía permiso para quedarse un rato a descansar. No tenía dinero conque seguir. Le dieron una taza de caldo y una manta, y se sentaron los cuatro alrededor de la lumbre, haciendo nido las manos en torno a los potes calientes, mientras miraban en silencio los dibujos del fuego. Un par de horas después, sueltas ya las lenguas, ellos y él habían decidido por señas que Ralph se quedaría unos días trabajando en la casa a cambio de un plato de comida.

Pasó Ralph el invierno ayudando a Mariano con el ganado y las goteras del tejado, mientras Marichelo lo miraba en silencio desde detrás de las puertas y Rosiña los vigilaba invisiblemente a los dos. Era un hombre que sonreía poco pero entero. Igual que las gentes de aquella casa.

Cuando se marchó, al principio de la primavera, Ralph sabía decir trabajar, boas noites, caldo, leite, grazas, quérote y carallo. Llevaba una alforja de cuero y unas alpargatas nuevas que Mariano le había traído a saber de dónde, y una hogaza de pan que, si la sabía administrar, le daría para una semana.

También se llevó sin saberlo el llanto de Marichelo, y, porqué no decirlo, carallo, el de la madre Rosiña. Era como si se le fuera el hijo. Mariano carraspeaba dignamente en el establo cuando el Peregrino se perdió por el recodo de la ermita vieja.

Luego, mucho más tarde, llegaron algunas cartas en una mezcla trafalcada de gallego y de extranjero. En el remite ponía Ostende. En una de ellas les decía que había llegado hasta el Finisterre, que se había purificado en el mar, y que había pedido por ellos en todas las iglesias y ermitas que encontró por el Camino. Por lo visto alguien en Fisterra le había ayudado con el idioma.

Mariano había ido a la iglesia de la aldea, y Don Moisés le había dejado ver los mapas antiguos que guardaba en la sacristía. Así supieron que Ostende estaba al Norte del Norte del Norte, donde las batallas de un tal Felipetercero, muy lejos de las carballeiras que ellos habitaban, y que, probablemente no volverían a ver al extranjero gallego al que habían terminado llamando Ralfo.

Y un día, como confirmando la premonición, dejaron de llegar cartas desde Ostende.

Luego vinieron Mario, Olivier y Scott. Ninguno de los tres se quedó tanto tiempo, pero todos dejaron clavado idéntico recuerdo entre las piedras de la casa. Eran otros tiempos...

Sacude la cabeza, como queriendo olvidar. Bien sabe ella que las nostalgias pasadas son hatillo pesado.

...Y luego, de repente, en el tiempo en que Estrela nació, empezaron a pasar cien Peregrinos al año, y luego doscientos, y luego mil, y después varios miles.

Pero cuantos más pasaban menos miraban, y más deprisa iban, como corriendo detrás de no se sabe qué, y al final llegó el tiempo en que en la Casa del Camino se dejó de soñar con los

Peregrinos y se empezó a dejar pasar a los caminantes sin esperar una mirada. Eso sí, nadie pasaba nunca sin escuchar un "¡Bos días, peregrino!".

Hace seis años que Marichelo volvió a la aldea con Suso y con Estrela. Las cosas no le habían ido bien en la capital y pensó en coger la taberna de Manolo, que vendía la viuda porque le venía grande.

Marichelo también está contenta. Los comienzos con la taberna fueron duros, pero empieza a ver la luz al final del túnel. Cada vez se sirven más comidas. Hay días en que Rosiña tiene que bajar a ayudarlas con los pucheros porque entre ella y Estrela no pueden con todo el trabajo.

Sin embargo a Rosiña algo no le cuadra, porque cada vez pasa menos gente por delante de la casa. Es como si se volviera a los tiempos de antaño. Pero el caso es que la taberna se llena todos los días. Sobre todo después de que la línea de autocares que va hasta Santiago decidiera instalar una parada al otro lado de la carretera. Eso fue hace como unos dos años. Desde entonces también el albergue que hay junto a la taberna se llena todos los días.

Sólo cuando llega el frío las cosas vuelven a ser algo parecido al tiempo de Ralfo y de los demás.

Rosiña suspira. La taberna va bien. Quizás al fin llegue el tiempo en que en la casa se puedan quitar la soga del cuello por un rato y descansar.

Pero en lo profundo de las vísceras sabe que algo Esencial se marchó y no volverá.

Y, por un momento, cambiaría la posibilidad de ir a conocer por fin la Mar por la certeza de una buena conversación en la puerta de su casa.

Coge su labor y reanuda el trabajo. Siempre le pasa lo mismo. Cuando se pone a volar se le salen los puntos de la aguja y luego necesita un buen rato para arreglar la desfeita.

En ello anda, sujetándose las gafas humedecidas con el índice y rescatando puntos a la vez, cuando Mariano aparece renqueante por la puerta. Parece que las piernas le dieron tregua por un rato. Se sienta en silencio a su lado, sobre el banco de piedra, y titubeante, como pidiendo permiso, le pasa a su mujer por encima del hombro una mano de raíz de olivo.

Se miran sin palabras, sonriéndose por encima de los labios. Ella destierra definitivamente las agujas y el ovillo de lana. El le seca torpemente los ojos. Luego la mirada se les escapa a los dos hacia el recodo del Camino, por donde la ermita vieja, y el tiempo queda suspendido...

Un millón de años después, cuando la néboa se come a las vacas flacas que pastan a veinte metros, Rosiña se desanuda de su Mariano y enfilan juntos la puerta del hogar.

- Vamos a carón do lume, marido, que coa humidade nunca che deron gañas de bailar...

Azor Peregrina

Pág. IX

